

Eucaristía

Manantial de concordia

José Granados



JOSÉ GRANADOS

EUCARISTÍA

Manantial de concordia



Primera edición: mayo 2022

© Autor: José Granados

Impreso en España. Printed in Spain

Depósito legal: M-15060-2022

ISBN: 978-84-17185-91-6

Impresión y encuadernación:

Editorial Didaskalos

Valdesquí 16, Madrid 28023

Queda prohibida, salvo excepción, prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal)

Índice

	<i>Págs.</i>
PRESENTACIÓN	7
1. LA EUCARISTÍA, UN MANANTIAL.	9
2. MANANTIAL DE CONCORDIA: VIDA JUNTOS.	15
3. MANANTIAL DE CONCORDIA: QUERER JUNTOS	21
a) <i>Reconciliarnos con el pasado</i>	23
b) <i>Anticipar el futuro.</i>	24
c) <i>Fidelidad que entreteje nuestros momentos</i>	25
d) <i>Perdón que reabre nuestro tiempo</i>	26
4. DESDE LA EUCARISTÍA A TODA LA VIDA	29
a) <i>La Eucaristía y los santos: pan del arraigo</i>	31
b) <i>Fruto del trabajo del hombre.</i>	33
c) <i>Banquete de bodas: Eucaristía y familia.</i>	35
d) <i>Eucaristía pedagógica</i>	36
e) <i>“Es justo y necesario”: la Eucaristía, fuente de vida social</i>	38
CONCLUSIÓN	41

Experimentamos un tiempo de desierto para el cristianismo, cuando decae la fe de muchos. Y también de desierto en la sociedad, retraída por virus y guerra. ¿Dónde encontrar manantiales de agua fresca, que vivifique por donde fluya y nos devuelva la esperanza?

Jesús, predicando en el templo de Jerusalén, habló de una fuente que manaría de sus entrañas (Jn 7,37-38). Estaba presentando así el nuevo templo, el templo de su cuerpo, del que brotarían ríos vivos.

Ese cuerpo-manantial no yace lejos de nosotros, pues lo tenemos en la Eucaristía, cuerpo y sangre de Cristo. ¿No es esa la fuente que necesita en esta hora la Iglesia y el mundo? ¿Cómo hacerla manar en medio de nuestra vida de nuestro trabajo, familia, sociedad?

La Eucaristía, un manantial

¿Por qué es manantial la Eucaristía? Porque en ella hacemos memorial de un acto que manó vida nueva y que sigue manándola. Memorial no significa solo recuerdo de fotos en blanco y negro sino, según su hondo sentido bíblico, actualización viva de un evento fundador. Por eso, para Israel, cada generación es como aquella primera que salió de Egipto y cruzó el Mar Rojo. Pues este evento fundador no es solo el inicio temporal de algo, sino el principio generativo que no deja de brotar.

Lo que en la Eucaristía se recuerda es la muerte y nueva vida de Jesús. En 2033 celebraremos los dos

milenios de la redención. ¿Qué sucedió entonces, qué fuente se abrió, que vida surge allí?

Jesús mismo nos dejó, en el rito de la Última Cena, la clave para interpretar lo que hizo por nosotros. Propio de todo rito es iluminar la acción humana. Y el rito la ilumina, primero, porque la sitúa entre un origen y un destino, que sin el rito se nos escaparían. Y la ilumina también porque la enmarca en las relaciones que sostienen nuestra acción: relaciones con Dios, con los hombres, con el mundo.

Un ejemplo de cómo el rito explica la acción humana nos lo ofrece la película CODA, reciente ganadora del Óscar. En ella, un chico pide perdón a una chica a la que ofendió al burlarse de su familia, riéndose de los padres y hermano de ella por ser sordomudos. La chica entiende que, si concede este perdón, de allí puede surgir algo más, puede nacer un amor grande. Para enseñarle al chico lo que el amor supone, le somete a una prueba, que es un rito: lanzarse juntos desde un acantilado a un lago de montaña de heladas aguas. El amor surge, así, como proyecto común. El afecto se resitúa al edificar juntos una belleza difícil. Esto va en serio, y se requiere confianza para saltar a la par. Todo

se dice, sin palabras, en el rito, donde se enmarca luego el beso.

¿Qué rito realiza Jesús en su Última Cena, para explicarnos la acción que va a cumplir por nosotros y nuestra salvación? En el contexto de la pascua judía, Jesús ofrece al Padre un sacrificio filial de acción de gracias. ¿Acción de gracias, cuando va a morir? Sí, Cristo da gracias, primero, porque el Padre le va a conceder entregar su vida por los hermanos. Y porque, de este modo, va a vencer a la muerte, resucitando como cabeza de un nuevo pueblo. Da gracias porque podrá dar su vida y porque podrá darnos vida.

Esto queda recogido en el rito del sacrificio eucarístico, que es un sacrificio de paternidad y filiación. Recordemos el caso de Abrahán. El patriarca ofrece a su hijo, y de este modo logra reconocer que la fuente de la paternidad está en Dios. Es decir, aprende en el rito a ser verdadero padre, porque recibe de la fuente de las promesas. Gracias al sacrificio del cordero, que representa al hijo, Abrahán se hace padre de todo el Pueblo de Israel. Y algo similar sucede en otros sacrificios, como el de la Pascua de los primogénitos al salir de Egipto.

Esto significa que acercarse a la Eucaristía es acercarse a un manantial de donde brota vida. Y no brota solo la vida individual de cada uno, sino la vida de un pueblo. La cosa queda clara cuando Jesús ofrece su cuerpo, que en la Biblia es inseparable de la pertenencia a una red familiar. Decir: “tomad mi cuerpo”, equivale a decir: “naced en mi familia”. Por eso en el manantial de la Eucaristía brotamos como familia, brota nuestra vida juntos. Al allegarnos a la Eucaristía se regeneran las relaciones que nos unen para que no se anquilosen, para que sigan manando vida y vivificándonos. La Eucaristía es *manantial de concordia*.

A la vez, la Eucaristía no nos da solo una vida común, sino una obra común, un empeño y destino común. Pues Jesús pide a sus Discípulos que celebren la Eucaristía en memoria suya. Es decir, Él sabe que su acto creativo no es solo un inicio temporal aislado, sino un manantial continuo de vida que acompañará a su Iglesia. Jesús no nos asocia solo a su origen, sino que nos asocia a su destino, a su proyecto compartido. Y esto se encuentra también presente en la palabra “concordia”, pues son concordes quienes quieren lo mismo y odian lo mismo.

En sus *Confesiones*, san Agustín ha comentado los primeros capítulos del Génesis como si se tratara

de la creación de la Iglesia y de la providencia que la acompaña en la historia. Podemos añadir que esta creación la ha realizado Cristo eucarísticamente. Contemplemos el cuadro de Tintoretto, *La creación de los animales*. El Creador impulsa allí a todo viviente, comunicándole su movimiento, como si fueran flechas disparadas por Él. Podemos imaginar a Cristo que, en la Eucaristía, propulsa el mundo hacia un destino grande.

Experimentamos un tiempo de desierto para el cristianismo, cuando decae la fe de muchos. Y también de desierto en la sociedad, retraída por virus y guerra. ¿Dónde encontrar manantiales de agua fresca, que vivifique por donde fluya y nos devuelva la esperanza?

Jesús, predicando en el templo de Jerusalén, habló de una fuente que manaría de sus entrañas (Jn 7,37-38). Estaba presentando así el nuevo templo, el templo de su cuerpo, del que brotarían ríos vivos.

Ese cuerpo-manantial no yace lejos de nosotros, pues lo tenemos en la Eucaristía, cuerpo y sangre de Cristo. ¿No es esa la fuente que necesita en esta hora la Iglesia y el mundo? ¿Cómo hacerla manar en medio de nuestra vida de nuestro trabajo, familia, sociedad?

